

FRANCISCO LEGAZ

TRAZO BLANCO SOBRE
LIENZO BLANCO

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© Francisco Legaz

De la edición: © Ediciones Irreverentes, S.L.

junio de 2008

Ediciones Irreverentes S.L

editor@edicionesirreverentes.com

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-09-5

Depósito legal:

Diseño de la colección: Dos Dimensiones S.L.

Imprime Publidisa

Impreso en España.

Esta novela es para Francisco y está dedicada a él con todo el cariño del que dispongo. Yo sé que el me lo agradece mucho y lo entiende perfectamente, a pesar de su corta edad.

“El blanco es el color de la nieve, de la leche, del subnitrato de bismuto y el cloruro de cal, de la creta lavada, de los polvos de talco, de la esclerótica de los ojos y el tinte neblinoso de la primera luz del alba. También es el color de las plumas de las palomas blancas, del pelo de los ancianos, ausencia de coloración, una anemia de las cosas, del infinito, de la claridad máxima y de los rayos de una mirada que avanzan sin encontrar límites. El color blanco es el color de la luz solar todavía no descompuesta en los infinitos colores del espectro, es un no color. El blanco siempre introduce en el cuadro o en la pantalla un juego de tensiones, una lucha entre el elemento estático del pigmento y su irremediable tendencia a la fuga, a la huida hacia delante en cuanto expresión del resplandor de la luz. El blanco es la nada, es el vacío”.

CAPÍTULO I

Una tarde, mientras viajaba en mi coche, como tantas otras tardes, conecté la radio. Y allí apareció su voz. Inmediatamente, desde los primeros acordes, me quedé embrujado escuchando su música. La canción terminó a los pocos minutos y el locutor presentó la siguiente canción, por lo que me quedé sin saber quién era aquella mujer a la que nunca antes había escuchado. Su voz penetró tan dentro de mí, que durante el resto de la tarde viví como inmerso en una nube de algodón, sin enterarme muy bien de lo que hacía. No paraba de darle vueltas a aquella música, y sobre todo a aquella voz increíble. Bastaron aquellos dos o tres minutos, para que llegase a la conclusión de que era la voz de mujer más maravillosa que había escuchado en toda mi vida. Cuando llegué a casa, conecté la radio y busqué la misma emisora, con la ilusión de que algún locutor volviese a poner el disco. Pero la verdad es que nunca más lo volví a escuchar, y tengo recuerdo incrustado en la memoria. Es con lo único que cuento. Dos o tres minutos que cambiaron mi vida por completo.

A la semana de aquello, se me ocurrió llamar a la emisora para preguntar por aquella cantante, cuya música fue emitida aquel día, pero no fueron capaces de darme la información, ya que, precisamente ese día, el aparato que graba la emisión, se había estropeado, con lo que emitieron, como todos los días, pero no grabaron nada. Me quedo muy claro que nunca conocería quién era aquella mujer. Pero aquel día, después de llegar a casa, cené pensando en ella, me acosté, me dormí y tuve un

sueño. Un sueño extraño que, desde entonces, he tenido varias veces. Se lo voy a relatar.

Me subí al coche sabiendo que iban a poner un disco de ella. Conecté la radio, como todos los días, con la ilusión de un niño que espera su premio, y las notas aparecieron en los altavoces como por arte de magia. Ahí estaba el aire de sus pulmones y su voz brillante y hacía vibrar todo el coche. Conozco el tono de sus palabras. Siento como si me las estuviese diciendo a mi en el oído, y noto como se me pone la piel de gallina por todo el cuerpo mientras escucho con los ojos casi cerrados, y sin embargo ella ni tan siquiera me conoce. Ella canta a miles de kilómetros agarrada a un micrófono y jamás ha pensado en mi. Además canta en otro idioma muy distinto del mío. ¿Quién es ella; quién soy yo?

Ella murió hace años, ya no respira, pero yo puedo escuchar perfectamente como sus labios se abren para dejar entrar el aire, que alimentará la próxima nota, que yo adivino siempre antes de que sea pronunciada. Mientras conducía, notaba como mis labios pronunciaban, segundos antes, las notas que ella iba a cantar inmediatamente.

El coche avanzaba por la carretera lentamente. No me apetecía pisar el acelerador. Acelerar sería como comprimir el tiempo; llegar antes a mi destino. No quería llegar. Veo los campos aplastados por las apisonadoras, montones de ladrillos apilados, paquetes de sacos de cemento, camiones enormes llenos de escombros. La tarde comienza a morirse, pero ella seguía sonando en mi coche que en realidad, más que un automóvil es un equipo de música que se desplaza.

Puedo, a la vez que conduzco, pensar en ella, subida a un escenario; a veces cierra los ojos para entonar alguna nota algo más difícil. Sus músculos se contraen casi espasmódicamente al ritmo de la música que la envuelve entera de la cabeza a los pies.

Me imaginaba en el sueño sentado entre el público. Ella abría sus ojos y me miraba de vez en cuando. Yo sentía una

gran timidez, notándome maravillosamente invadido por su voz y casi no podía mantener la mirada. A su lado había dos guitarristas un batería y un pianista. La acompañaban magistralmente. Saben hacer que su voz brille por encima de cualquier instrumento. Estaban tocando la música que había escuchado por la tarde en el coche.

Llegué a una rotonda, primera salida, segunda, tercera, otra vez la primera. Y vuelvo a girar. Un conductor se fijó en lo absurdo de mi maniobra giratoria y me miraba, como ella, a los ojos, pero con otro brillo. Sus pupilas me insultaban, me llamaban idiota. Entonces ella se dio la vuelta, y pude ver su espalda. Llevaba un vestido que dejaba ver perfectamente su preciosa espalda desnuda. Estaba delgada. Estaba de espaldas para guardar silencio y dejar que el solo de piano sonara con más contundencia. Pero yo no escuchaba el piano. Yo sentía la tentación de dejar que mis dedos se perdieran por su piel; que la recorran de arriba abajo; de abajo a arriba.

Las obras del metro al aire libre avanzaban a mi alrededor lentamente. Entre un fa mayor y un precioso Do sostenido, me di cuenta de que ya habían puesto los cables entre poste y poste. Me fijé en un cable, y lo fui recorriendo con la mirada como si fuese una partitura, los postes eran las notas. Pero me canso. Los ojos se me van hacia sus pechos redondos, hacia sus hombros. Entonces llego en el sueño a un centro comercial. Es posible que en este tramo acelere un poco más, con el fin de pasar lo antes posible. Es muy feo.

Ahora ella se ha sentado en un taburete en mitad del escenario. Sus ojos son azules, casi como su voz. Sus piernas están cruzadas. Puedo verlas perfectamente una sobre la otra, pero me distrae el recuerdo de su espalda, y del recuerdo de su espalda salto a sus pechos. Ahora me distraen sus labios que de pronto han sido humedecidos, haciéndome olvidar todo lo anterior para centrarme en su boca, callada por unos instantes, para dejar paso al sonido de su compañero del piano. Imagino su boca recorriéndome, y ahora el chorro de su voz vuelve a

brotar poniéndome directamente la piel de gallina otra vez, mientras cruzo por debajo de un puente, justo cuando por encima pasa un enorme camión cargado con cajas de leche envasada. A la derecha hay unos árboles; diez o doce, a los que les queda poca vida. No hay más que ver las obras a su alrededor. Me imagino por un instante si el camión estallara sobre el puente y nos cayera a los dos toda la leche encima como una inmensa ducha blanca. Sin querer le doy al limpiaparabrisas.

No he podido evitarlo y me he fijado en sus caderas. Tienen el tamaño perfecto. Algunos dirían que son un poco anchas. A mi personalmente me gustaría ahora mismo calibrar esa anchura con mis manos. Entonces me paré en el arcén de esta onírica carretera, me puse el chaleco amarillo, y me fui hacia el escenario para tocar suavemente sus caderas. Perdón, permítame, dije extendiendo las manos hacia ella. Sujeto sus caderas con mis manos. Ella está callada escuchando el solo de piano. Decido bajarme del escenario y me siento en una silla vacía de la primera fila para escuchar. Miré de reojo hacia mi coche, que permanecía allí estacionado en el arcén de la carretera, con los cuatro intermitentes encendidos, y entonces caigo en la cuenta de que no he puesto el triángulo de emergencia a los quince metros. A quince pasos. Me quito el triángulo de emergencia de la cabeza, no quiero pensar en su púbis. Me toco el bolsillo del pantalón... noto el bulto de las llaves. Ahora me ha mirado otra vez directamente a los ojos. Tengo palpitaciones. Me mira y me canta a mí. Se acerca aún más; mirándome; me sudan las manos, y cuando llega a mi lado me da tres margaritas que llevaba junto al micrófono cerca de su boca, muy cerca. Me las da y me besa. Yo acepto su tierno beso y las flores que están llenas de música. Huelen a su aliento. Me levanto y me vuelvo hacia el coche. Me quito el chaleco, quito los cuatro intermitentes, y continúo mi viaje con las tres margaritas en el asiento vacío del acompañante. Acelero... cierro los ojos y pienso en lo maravilloso que sería poder hacer el amor con ella.

Como el sueño fue tan real y tan vivido, tomé la precaución de anotar todo, con el máximo detalle posible, justo inmediatamente después de despertarme. Según dicen, es lo mejor que se puede hacer para que un sueño no se olvide. Y guardé aquel sueño de forma que nunca se me fuera a perder.

Después, aunque pocas veces, porque no suelo recordar mis sueños, he tenido otros. Pero nunca ninguno ha llegado a ser tan intenso y tan real.

Con el paso del tiempo, me di cuenta de que el relato del sueño, podría servir perfectamente como núcleo para escribir una novela, pero nunca me he sentido capaz de hacer algo así, a pesar de que ser escritor, es un sueño que persigo desde hace muchos años. Y sé que lo difícil de los sueños no es el que se cumplan, sino el saber identificarlos. El mío siempre ha estado perfectamente identificado.

Un invierno de hace muchos años, conseguí dinero suficiente para viajar y me decidí por ir a Oslo. En Oslo casi siempre hace mucho frío, y aunque pueda parecer demasiado rebuscado o cursi, fue con toda seguridad el frío de aquella ciudad lo que me dio el empujón definitivo para decidirme a ponerme a escribir, aunque aún faltaban muchos años para que ocurriera el sueño que acabo de relatar. En Oslo, como decía, casi siempre hace mucho frío. Un frío que resulta inimaginable para alguien como yo del sur de Europa. Un frío insoportable que, en aquel viaje, me hacía escapar constantemente de las calles heladas con cualquier excusa. Un café en el que permanecía horas contemplando, al amparo de la potente calefacción del local, las ventanas de cristal empañadas, por las que la escasa luz de la calle apenas se veía. Una iglesia en la que los otros feligreses, como yo, se refugiaban de la helada avenida y del viento congelado, en los cálidos bancos del bonito templo en el que la climatización y la fe iban en proporción directa, y en donde sentado en pleno recogimiento, llegué a la conclusión de que para salvarse rezando allí, era imprescindible que el precio del petróleo no se disparara. O unos grandes almacenes llenos de

personas, la mayoría de la tercera edad, que con el ánimo de calentarse recorriamos juntos, ellos y yo, como desfilando, los pasillos entre los expositores y las estanterías de mercancías, con la mirada algo perdida, recordando aquellas películas de los años setenta de muertos vivientes.

En aquellas vacaciones en Oslo, perdí miserablemente el tiempo ya que no conté con la climatología, tan importante como pude comprobar en aquellas latitudes. Recordaba, en mis helados paseos, la frase que leí en alguna parte que decía: “El hombre es tan idiota que acude a los sitios más calientes cuando hace más calor, y a los más fríos cuando hace frío.” Pero tuve la inmensa suerte de que en uno de los momentos más desesperados, en el que creía que iba a desfallecer inmediatamente por el frío, pasé por la puerta de aquel museo.

Pero creo que ha llegado el momento de que explique que es todo esto de Oslo y el frío. Estoy pretendiendo contarle a usted el por qué, o mejor dicho el cómo he sido capaz de escribir este texto, y es por eso por lo que quiero que todas las ideas y las situaciones que me ocurrieron y que me ocurren, como aquel sueño por ejemplo, y que tuvieron que ver con el acto de escribir, queden de alguna manera reflejadas. Sé que esto puede condenar el relato. Al fin y al cabo nadie cuenta cuando escribe por qué lo hace, o de dónde saca las ideas, pero tengo la sana intención de intentarlo desde el principio. En este instante, todavía no tengo ni idea de cómo voy a ser capaz de escribir lo que quiero escribir, pero, al menos quiero intentarlo. Lo que estoy contando de mis vacaciones en Noruega ocurrió hace ya veinte años, pero a pesar del tiempo transcurrido, la memoria me hace viajar de nuevo hasta aquel lugar, cuando trato de explicarme a mi mismo el motivo de la escritura.

Aunque yo ya había escrito en algunas ocasiones, fue en aquel museo en el que entré helado, en donde creo que me decidí a ser definitivamente escritor. Ya sé que se me puede acusar de lento a la hora de tomar decisiones y llevarlas a cabo, pero no me digan que mucha gente no actúa así. A veces te pasas

media vida deseando hacer algo; incluso muchas veces no llegas a realizarlo por falta de decisión, empuje o simplemente por falta de medios. Por lo tanto, veinte años, no me parecen tantos, y eso sin contar con la frase del dichoso tango, que asegura que ese espacio de tiempo entre el año cero y el veinte, constituyen una porción de tiempo despreciable. No me diga que la vida no está formada mayoritariamente por eso que llamamos sueños. Sin ellos no seríamos nada. La parte que corresponde a la realidad, a veces es tan miserable que casi no merece ser contada. El mismo Kafka se empeñaba en intentar demostrar que los sueños son la auténtica realidad. Hay que buscarlos, perseguirlos e intentar identificarlos. Lo mismo esto es lo más importante, y conseguirlos es una cuestión secundaria. Además quiero intentar explicar cómo escribo la novela, ya que estoy seguro de que si la idea es mala no habrá ningún problema, dado que en pocas líneas se me habrá olvidado y estaré en otra cosa.

Una vez descartados los cafés y las iglesias, no dudé ni un instante, o fallecer de frío o el arte. Evidentemente me decidí por el arte, empujado por el sano impulso de mejorar y aprender. Pagué la entrada y empecé a vagabundear por las grandes salas del museo, cuya principal característica en aquel instante era la calefacción, que constituía la máxima expresión artística para mí. Allí también me encontré a personas que paseaban escapando del frío. Casi todos éramos turistas, y la mayoría no dirigían sus miradas a las pinturas. En el museo estaban expuestos cuadros de un pintor que por entonces me era totalmente desconocido. Munch es su nombre. Comencé a ver sus cuadros tiritando y con un fuerte dolor en los dedos de los pies que, recuerdo perfectamente, me hacía pensar en el Everest. Y mientras poco a poco me iba calentado, los cuadros de Munch, como si se tratara de un pase de diapositivas, desfilaban ante mis ojos lentamente, hasta que uno de ellos me hizo frenar en seco. No me diga que esto no es literario; aunque hayan pasado veinte años. Un turista despistado y helado de frío, se queda

parado frente a un cuadro que le ha llamado la atención, porque en él ha visto algo. Me atrevería a decir que la vista se me nublaba y que en realidad lo que veía era un cuadro en blanco, pero fue el título, escrito a máquina en una pequeña cartulina, más que la propia pintura lo que llamó poderosamente mi atención. “Henrik Ibsen en el café del gran hotel de Kristiania”. A Edvard Munch no le conocía, pero sí a Ibsen; el dramaturgo noruego, el premio Nobel genial, cuyos personajes en todas sus obras están cargados de fuerza y densidad. Justo lo que yo debería perseguir y tratar de conseguir. Una obra en la que mis personajes, tuviesen tanta personalidad, que casi abrumaran al lector. El cuadro en el que se veía a Ibsen en aquel café, me emocionó hasta el escalofrío, y no sé por qué, pero fue en aquel momento tan inesperado, cuando decidí que sería escritor como Ibsen, para posar algún día en algún lujoso café para los ojos de algún pintor que quisiera inmortalizarme. Me dije a mi mismo que en cuanto regresase a casa, me pondría a escribir, pero no lo hice. Hubo que esperar veinte años para que una noche soñara con mi cantante. Entonces vi claro el asunto. Quizás al ver el cuadro aquel, pensé en “Casa de muñecas” o vete a saber, porque realmente casi ni me acuerdo, pero el caso es que la idea, que probablemente me rondaba en la cabeza desde hacía tiempo, allí se materializó. He reconstruido este recuerdo con la mayor claridad posible. Y desde entonces hasta hoy mismo, el escritor, que se supone que llevaba dentro, ha vivido encarcelado dentro de mí, esperando la ocasión de salir en libertad a través del acto de escribir.

En realidad no puedo decir que sea especialmente aficionado a la pintura, pero poco a poco a lo largo de los años, la visión de algunos cuadros, fue dando forma a mis deseos de escribir. Lo que demuestra la conexión entre las artes que expresan sentimientos humanos. ¿Qué cuadros? Pues la respuesta a esta pregunta es muy complicada; algunos los he olvidado, otros los recuerdo, aunque casi preferiría no nombrarlos. Pero la visión repetida de todas esas obras de arte en catálogos,

museos, enciclopedias y cualquier otro medio, fueron haciendo nacer en mi el deseo de escribir, transfiriéndose poco a poco de un arte al otro, la magia que encierran todas las cosas, que debe ser algo parecido al “flogisto” de los antiguos, que decían que se encontraba en todos los cuerpos. Recuerdo por ejemplo “La nave de los locos” del Bosco. En el catálogo descubrí el título traducido al latín “Stultífera navis”, mucho más eficaz y literario que en castellano. Me preguntaba y aún me pregunto el por qué del empeño de este pintor en reflejar toda esa locura humana. Nunca he encontrado una explicación salvo la supuesta de que él mismo la padecía o la tenía muy cerca. Pero con el paso de los años me di cuenta de que los cuadros que más me llamaban la atención, eran precisamente los que reflejaban los estados en los que alguien sufría emocionalmente, o mejor dicho, los cuadros en los que el pintor dejaba ver claramente emociones. Y aquí vuelvo a recordar a Munch y sus diversos bocetos sobre “Ansiedad” o “El grito”. Quien sabe si en mi, la corriente de energía que surca los lienzos y que nace en el pincel de los artistas, salpica un aliento de escritura. Es mucho decir, es casi una presunción. Simplemente le debo al frío, a la música, y a algunos cuadros, el haberme decidido a escribir. En mi vida han pasado pocas cosas interesantes, por eso he intentado siempre aprovecharlas al máximo.

Lo que ocurre es que las cosas no son sencillas como a uno le gustaría. Decidirse a escribir, tomar esa decisión, no basta, y eso que leí en algún lugar que Cervantes, cuando se tomó un descanso después de terminar *El Quijote*, continuaba siendo escritor, aunque no escribiera en ese momento ni una palabra. El caso es que el momento en el que tomo la determinación de escribir la primera línea, el primer párrafo, es cuando me convierto en escritor ya para siempre, y doy por finalizada esa etapa de mi vida en la que la principal característica era la de que no escribía. Porque entre vivir sin escribir y vivir escribiendo, hay un abismo. Antes no contaba nada de lo que me pasaba ni lo que se me ocurría. Ahora, desde que escribo, tengo

otra forma de vivir y de ver el mundo. El intermedio que ha existido en mí, entre mi nacimiento y el comienzo de este relato, es decir, mi vida entera hasta ahora, es una nebulosa del pasado que cada vez recuerdo con más dificultad. Pero hay un problema. Soy escritor, de acuerdo, pero ahora necesito saber sobre lo que tengo que escribir. Aunque mi destino esté claro desde que mis padres me concibieron en un sofá, que por cierto aún conservan, necesito saber sobre que historia o personajes tengo que escribir. Y realmente, lo que he hecho ha sido desaprovechar este último periodo de paro laboral, y se puede decir que he perdido el tiempo en actividades que nada tenían que ver con mi nueva y futura ocupación. Hasta hoy, mientras le llegaba el turno a mi nueva profesión, he tenido diversas ocupaciones. He sido camarero, vigilante jurado, jardinero, fotógrafo, portero, periodista en una pequeña publicación de la facultad, y hasta incluso estuve unos meses atendiendo una finca rural, en la que había un enorme toro que, me impresionaba tanto, que hacía que me sintiera incapaz de dominarle, a pesar de su evidente mansedumbre. Tuve que abandonar este último trabajo, precisamente por el toro. Así es que podríamos decir que escribo gracias a la pintura, al frío, a la música, y a un toro; poco a poco van saliendo cosas y se va aclarando todo. Empiezo precisamente hoy, y estoy algo asustado por si la persona con la que he quedado para contratar el trabajo es demasiado culta y no estoy a la altura. Sinceramente no estoy seguro de si seré capaz de hacerlo de una forma digna. No se si seré capaz de estar a la altura de las circunstancias, que también desconozco. No estoy muy seguro de lo que se espera de mí.

La primera dificultad ha sido la de encontrar a alguien capaz de servirme, de una forma constante, ideas suficientes como para hacerme conformar una novela, ya que en estos veinte años he ido descartando la posibilidad de ser yo mismo el que pusiera la escritura y las ideas a la vez. Se que el sueño de aquella tarde, encerraba una historia hermosa e increíble, pero nunca me he sentido capaz de ponerla en marcha. Me confor-

mo con la escritura, que no es poco. No ha sido nada fácil encontrar a esa persona. Una vez que decides escribir una novela sirviéndote de las ideas de alguien, necesitas a esa persona, y me imagino que lo que yo estaba buscando era a alguien que me generase la suficiente confianza y credibilidad, pero no es una tarea fácil, así es que al final, después de mucho buscar y dar vueltas, siempre con mi cantante en la cabeza, he tenido que recurrir a un anuncio en la prensa muy a mi pesar, ya que parece que es poco literario. Contraté el anuncio para que se publicase durante un mes. Increíblemente, pasaban los días y nadie llamaba. Empecé a sospechar que las ideas estaban algo escasas en el mercado. Yo, en vez de hacer de negro a algún escritor famoso, lo que pretendo es contratar a un negro mental que me de ideas. Ayer, cuando faltaban tan sólo tres días para que el anuncio desapareciera de los dos periódicos en los que diariamente salía, por fin recibí la primera y única llamada; la primera y única oferta de trabajo, y aquí estoy.

Hubiera sido mejor, según me aconsejaron algunos amigos a los que les comenté mi interés por hacer este trabajo, que me hubiera ofrecido claramente como “negro”. Al parecer se trata de personas que escriben para escritores famosos de forma totalmente anónima y totalmente económica por cierto. Me parece increíble, pero existen, y algunos escriben muy bien; incluso ganan premios literarios, firmados, naturalmente, por el escritor conocido. Pero yo no quiero escribir para otro escritor. Lo que busco es ser yo escritor. Sinceramente, no creo que valiese para hacer ese trabajo. Prefiero ser narrador para otra persona con la que llego a un acuerdo económico por sus ideas y nada más; un simple intercambio comercial. Él me da sus ideas, las líneas maestras del relato con más o menos detalles y matices, y yo simplemente las redacto y las voy dando forma, moviéndome dentro de los cauces de la libertad que se me quiera adjudicar para el trabajo. Yo creo que es algo profesional y digno. Lo de “negro” me suena racista; me suena muy mal. Supongo que al final del trabajo, podré aclarar que la

escritura es mía y las ideas han sido servidas por fulano de tal. Pero de eso ya hablaré con él si es que acude a la cita.

Pensando y dándole vueltas a todas estas cosas, he caído en la cuenta, de que para escribir existen varios papeles que adoptar. He llegado a la conclusión de que lo mejor es que me sitúe como narrador. Me he dado cuenta de que en casi todas las novelas es predominante la figura del narrador. Alguien que cuenta la historia como si estuviese permanentemente detrás de una cortina, observando al protagonista, lo que siente, lo que piensa, viajando con él, durmiendo, despertándose prácticamente en la misma cama. Creo que este es el mejor papel que puedo adoptar, ya que me parece el más sencillo. Por esto dejo de lado el intento de narrar en primera persona. Lo que me extrañó es que no he encontrado nunca ni un solo anuncio de personas que demandasen ideas para escribir como he hecho yo. Escribir para otra persona profesionalmente me parece muy digno. El dueño de las ideas no tiene más que irme contando lo que más o menos tiene en su cabeza, lo que siente o lo que vive, y mi misión consistirá en ir redactándolo todo, reconociendo siempre las fuentes ajenas. Supongo que gran parte de lo que escriba será de mi propia cosecha. Sólo necesito, como si se tratase de una película, que alguien me de un guión que tenga la suficiente fuerza. Intentaré parecer muy enterado de lo que está pasando, como hacen siempre los narradores. Intentaré estar lo más cerca posible de los hechos y circunstancias del relato. Un narrador es siempre, salvo que presuma de una falsa humildad, el que más sabe de las cosas que le van ocurriendo al protagonista y a todos los demás personajes. Nunca he sabido de ningún narrador que reconozca que no tiene ni idea de algún detalle; ningún narrador dice: “bueno... aquí el protagonista se fue, pero no sé muy bien hacia donde. Estaba yo despistado, o me había ido con los niños al zoo aquella tarde”. El narrador lo sabe todo. No ignora nada. Observa meticulosamente, y cuenta, con sumo cuidado de no equivocarse, todas las cuestiones que pudieran tener que ver con la trama del relato.

Lo de estar detrás de una cortina observando, quizás sea un recuerdo infantil. Mi madre me prometía siempre, si me portaba bien claro está, que me llevaría un día al carnaval de Venecia y, en un palacio, escondidos los dos detrás de las cortinas, observaríamos como la gente disfrazada bailaba. Nunca me llevó a Venecia; tuve que ir yo solo después de muchísimos años y no pude asistir a ningún baile. Allí descubrí que la Serenísima República en sí, es ya una ciudad enmascarada, y con su misterio y su magia, caminando por sus calles, o navegando por sus canales, sientes que los venecianos están viviendo metidos dentro de un decorado. Tampoco llegué averiguar si ella estuvo alguna vez en tratamiento psiquiátrico; al menos nunca me lo dijo, pero lo de detrás de las cortinas, con el tiempo me ha ido pareciendo que es síntoma de algo. Sería como una especie de enfermedad paranoica pero al revés. No es que pienses que te vigilan, es que eres tu mismo el que vigila, incluso a los propios paranoicos que a su vez se sienten vigilados constantemente.

Recuerdo que en mi casa, siempre estuvo colgado de la pared un curioso cuadro que mi madre decía que era de Venecia. En este momento parece como si lo estuviera viendo. Se trataba de una embarcación de unos cuatro o cinco metros que flotaba sobre el agua casi verde. A la derecha había una playa de arena que parecía como de color rosa, y el fondo era un cielo azul, limpio e inmenso. No se veía el sol, y nada permitía deducir la temperatura. Sin embargo yo estaba seguro de que reflejaba una escena de verano. El cuadro era sencillo. No contenía muchos elementos, pero la contemplación de su belleza, me dejó pensativo en muchas ocasiones.

La idea de escribir un libro entre dos personas, de forma que uno aporte las ideas, y otro las vaya redactando, por supuesto que no es nueva. Hay muchos libros escritos así. Pero novelas, lo que se dice novelas no creo que haya tantas. Me imagino que por pura lógica voy a tener sensaciones extrañas. Escribir un libro supongo que no es una tarea simple. No sé si podré

disfrutar del placer del escritor que tiene todo el control sobre su material. Supongo que sí, ya que espero que la persona que me va a pasar su material imaginativo, se limite a aportar las ideas y algunas claves, pero imagino que la escritura correrá a mi cargo. El escritor puede matar a sus personajes., aunque sea un sucio truco literario para quitarse a la gente de en medio sin pensar demasiado; o puede darles la suerte, hacer que se enamoren. Puede hacer cualquier cosa que se le ocurra. Dispone de bastante libertad y poder. Aunque dicen que el que se siente libre es porque no ha volado lo suficiente como para encontrarse con los barrotes. Pero de todas formas, en cierto modo escribir es como ser un pequeño Dios, que se supone que tiene ese poder. Ya sé que esto suena a engreído y ególatra, pero no soy el único que ha llegado a estas conclusiones. Cuando era pequeño me llevaban mis padres todos los años a un concierto para niños en el Palau de la música en Barcelona. En un momento de la obra, el director paraba el concierto frenando la música en seco, lo cual creaba en la sala una especie de vacío y tensión bastante inaguantable, ya que dejaba la música sin resolver en medio de cualquier compás, y pedía que un niño subiera al escenario para dirigir a la orquesta. Yo subí un año. El director me entregó su batuta y comenzó a sonar el Danubio Azul. Por unos minutos pensé que era yo el que dirigía a los músicos. Tuve esa ilusión, aunque en realidad ellos, con toda seguridad, tocaban solos. El poder tiene un secreto que me supongo que conocerán los que lo ostentan, y es que en realidad no existe. Lo que pasa es que siempre hay algún necio que consigue ese poder y sucumbe al halago; quien no. El poder te cambia; el poder corrompe. Todo esto son tonterías. El poder ni cambia ni corrompe nada. Solamente se pudren los que estaban ya dispuestos a pudrirse. El famosísimo Che Guevara fue ministro durante ocho años, y cuando le preguntaron que por qué lo dejaba, contestó que por no cambiar.

Hoy, para nuestra primera cita, hemos quedado en un antiguo café con todo el sabor de ser un lugar al que acuden escri-

tores bohemios de los que a mi me gustan. La voz, a través del teléfono, parecía la de un hombre de mediana edad. Me hubiera gustado más que fuese una mujer. Las relaciones entre hombres y mujeres pueden ser más interesantes; hasta incluso más emocionantes; son siempre más eficaces y productivas, y no me estoy refiriendo a las relaciones reproductivas de la familia. Pero para ser mi primera y única oferta, tendré que conformarme. Mi guionista ya se retrasa unos minutos. Me pone nervioso la gente que no es puntual. La incertidumbre me agobia. No se lo que me contará, pero yo voy a procurar ser, utilizando terminología sanitaria, lo más aséptico posible; lo más neutral en terminología político o militar. Intentaré limitarme a escuchar con los cinco sentidos.

A mi lado se ha sentado, hace un rato, una pareja. Ella es muy atractiva; parece muy enfadada y no para de hablar en un tono ciertamente agresivo. Él no dice nada; está callado; está escuchando en silencio sin contestar a las preguntas que ella le va haciendo, cargadas de ansiedad. La verdad es que contemplando esta escena que sin duda ya forma parte de la novela, queda muy claro que el silencio es agresivo. El silencio rompe la realidad, pues rechaza el material de que está hecha; las palabras.

Ha llegado, se ha presentado y se ha sentado a mi lado. Tiene buen aspecto, pero me resulta inquietante. Lo primero de lo que hemos hablado el narrador y yo ha sido de dinero. La primera duda que he tenido nada más comenzar a negociar ha sido terrible. De pronto he pensado que no tenía muy claro si era él, el que me tenía que pagar a mi o yo a él. Es una duda razonable ya que una cosa son las ideas y otra la escritura novelada de esas ideas. En realidad él es el que me encarga, digámoslo así, la escritura de un texto, por lo tanto él es el que debería pagar por ello. Sin embargo, visto de otro modo, soy yo el que solicita el servicio de aportar material para una novela. Como me temía, es un hombre de mediana edad; la más odiosa y complicada. Después de un rato hemos llegado a un

acuerdo, supongo que insatisfactorio para los dos. Así son los negocios. Trasímaco le preguntó a Sócrates en una ocasión: “¿qué es mejor sufrir una injusticia o cometerla?”. La verdad es que la duda del tal Trasímaco tenía bastante fundamento; siempre se suscitan dudas así, difíciles de resolver, y cada vez más profundas y complejas, llegando al extremo de que, a veces, para ser más libres tenemos que dejar de serlo. En principio hemos hablado de que me dará una suma de dinero para afrontar los primeros gastos que me surgirán con la escritura. Después, si es que la novela llega a publicarse, tendremos que acordar detalles como los derechos de autor, y todas esas cosas. A continuación me ha contado directamente las líneas esquemáticas de lo que él pretende que sea la novela que yo tengo que narrar o escribir, seamos por fin claros, porque así me lo ha hecho ver él mismo. Yo voy a ser el escritor, y lo que él pretende es suministrarme el material necesario para escribir una novela, es decir, una historia. Tanto es así, que casi ha empleado más tiempo en explicarme y matizarme lo que exactamente opinaba de mi función en este caso, que los propios argumentos literarios. Los datos que me ha dado son pocos. Los traía escritos en unas pocas líneas, en un pequeño papel que después ha roto y tirado a una papelería. Más o menos me ha dicho esto: Tengo que escribir sobre una niña que vive con su padre, y que va a ir creciendo con el desarrollo de la novela; su madre, al parecer, murió por un asunto relacionado con las drogas; la típica sobredosis tengo que suponer. En este momento tiene unos cuatro años, el padre es músico; ella se llama Eva. Con estos escasos datos, tengo que empezar a imaginarme la historia, encuadrarla en el tiempo y en el espacio, y narrarla. Y doy gracias por que me parece una gran suerte, lo de que su padre sea músico. Esto me facilitará mucho las cosas para llegar hasta la cantante de mi sueño.

A continuación, haciéndome ver que estaba muy ocupado, como si de pronto le hubiera entrado una prisa repentina, se ha ido del café. Hemos quedado aquí dentro de dos días. Dispongo

de 48 horas para situarme en el escenario de esta niña a la que voy a llamar Eva como él me ha indicado, observarlo todo, situarme bien y ponerme a narrar. Yo me he quedado en el café; él ya no está. No sé que tiene, pero me gusta este lugar. No sé que tiene pero me gusta la intriga que me genera todo esto. Creo que voy a tener mucha suerte. Aunque sigo viendo que no tengo mucha idea de por donde salir.

Me ha dicho que pretende que me meta de lleno en los personajes; lo que yo imaginaba. Que se note al leer que entiendo perfectamente lo que está ocurriendo. No vale una fría descripción de los hechos por muy exacta y minuciosa que esta sea. Tengo que mostrar mi implicación casi emocional en la historia. Me imagino que escribir una novela es, ni más ni menos, que la síntesis del esfuerzo por entender a los demás, por explicarse el mundo a través de poder recrear a la gente y las situaciones. Tengo que hacer ese esfuerzo, porque creo que merecerá la pena hacerlo.

Concentrado e ilusionado, escribo las primeras líneas de esta historia. No sé bien como empezar. He oído que las primeras líneas son fundamentales para conseguir interesar a los lectores. Ahí van.

Como si estuviese mirando a través de una bola de cristal, veo un mes de octubre; veo el otoño. Claro que ver octubre y ver otoño, implica situarse geográficamente en algún lugar concreto del mundo. Sitúo en América la escena. Ha sido América el continente afortunado; el elegido en este absurdo sorteo de la imaginación. “Diga lo primero que se le ocurra”. Es lo primero que te dicen los psicoanalistas, cuando te tumbas en sus divanes. Yo digo América, y es tan grande que allí seguro que es posible estar en el mes de octubre y estar en otoño. La sitúo en Washington. Yo he estado allí una sola vez; Recuerdo el capitolio; una gran explanada con una enorme fuente. Recuerdo la Casa Blanca y un enorme cementerio, enorme y plano, lleno de miles de tumbas; también la del presidente Kennedy. Eva está, con su padre el músico y una mujer

que debe ser compañera del padre, su pareja o algo así, no la madre de Eva, ya que la madre se supone que murió. Yo sé que murió y no es cosa de resucitarla sin permiso del dueño de las ideas. Están paseando por allí cerca de la Casa Blanca y de la enorme fuente. En un parque de Washington, a pocos minutos de mis recuerdos, unos argentinos han montado un pequeño teatro de títeres para niños. Eva está sentada en el suelo junto a otros niños, observando embelesada la representación. Mientras tanto, a pocos metros de allí, veinte o treinta personas se manifiestan en silencio por la paz y el desarme. Llevan junto a la Casa Blanca varios días. No les dejan tumbarse, está prohibido; La primera enmienda constitucional les garantiza el derecho de expresión, pero las disposiciones federales limitan físicamente el alcance de las protestas. Duermen sentados y hasta de pie, están agotados. La Casa Blanca es un lugar muy apropiado para manifestarse por la paz, el desarme nuclear; manifestarse casi por cualquier motivo; allí encaja cualquier queja. Ocurre permanentemente. Eva está muy concentrada en la representación, sobre todo con la música. Vive y siente la música de una forma muy especial que no se corresponde con la forma de escucharla del resto de los niños de su edad; por algo va a ser cantante, aunque ni ella ni su padre lo saben aún. Es lo que la espera en el futuro; así lo veo y lo imagino. Se me va ocurriendo mientras escribo, y creo que esta es la forma más adecuada y psicoanalítica, para darle al relato el tinte más verídico posible. No se trata de escribir algo que sea verdad, basta con que sea verosímil. Mientras tanto, me he dado cuenta de que su padre ha girado la cabeza hacia los manifestantes que han comenzado a gritar. Es curioso como de pronto, casi sin yo quererlo, me han empezado a brotar todas estas ideas que, como si fuesen recuerdos, tienen hasta incluso una imagen visual muy concreta en mi memoria. Casi enfrente de la Casa Blanca, una mujer de 1,60 metros de estatura, llamada Concepción Picciotto, española, para más señas, lleva allí instalada permanentemente desde el año 1.981. Está allí porque